



ISSN 1018-1563
Tercera Época / N° 47 - 48
septiembre - diciembre, 2001
Costo: B/. 4.00

Director:

Coordinación de Difusión Cultural
Universidad Tecnológica de Panamá
Enrique Jaramillo Levi

Corresponsales Internacionales:

Jaime García Saucedo (Colombia)
Carmen Naranjo (Costa Rica)
Ángela Romero Pérez (España)
Carlos Meneses (España)
Dante Liano (Italia)
Fernando Burgos (Estados Unidos)
José Roberto Cea (El Salvador)
Martín Jamieson Villiers (Argentina)
Mempo Giardinelli (Argentina)
Viviane Nathan (Israel)
Franz Galich (Nicaragua)
Lauro Zavala (México)
Florian Martins (Brasil)
Rogelio Rodríguez Coronel (Cuba)

Portada:

Carlos Arboleda:
Aves en el Muro,
Óleo sobre tela (34" x 48")

Diseño Gráfico:

Pablo Menacho

Un esfuerzo editorial
sin fines de lucro

Una Coedición:

Universidad Tecnológica
de Panamá (U.T.P)

Fundación Cultural Signos

Diseñado y

Construido por:

Red Académica de Investigación y
Desarrollo (PANNet)

REVISTA PANAMEÑA DE CULTURA *Maga*

Fundado en Marzo de 1984

EDITORIAL

MISCELÁNEA

- ❖ Turbaco Express / José Manuel Bayard Lerma
- ❖ Del tiempo y la memoria o la dimensión existencial histórica de Juan Antonio Gómez/ Carlos Fong
- ❖ 6 poemas / Claribel Alegría
- ❖ Revistas Electrónicas e Impresas: Problemas comunes, ventajas y desventajas / Javier Ponce
- ❖ Nidia al atardecer (cuento)/ Julio Escoto
- ❖ Paseo por el cuento/ Julio Cortázar
- ❖ 2 poemas / A. Morales Cruz
- ❖ Juan Rulfo y la ética/ Mempo Giardinelli
- ❖ Tras los pasos de un libro mítico: "Duplicaciones" /Ángela Romero P.
- ❖ Algunas consideraciones histórico-teóricas para el estudio del cuento/ Françoise Peras
- ❖ Elva Macías, Jurado Internacional del Premio Sinán

REFLEXIONES SOBRE EL MINICUENTO

- ❖ Brevísima relación del mini-cuento en Hispanoamérica / Juan-Armando Epple
- ❖ Aproximación al minicuento hispanoamericano: Juan José Arreola y Enrique Anderson Imbert / Graciela Tomassini y Stella Maris Colombo
- ❖ Ronda por el cuento / Edmundo Valadés

ARREOLA: METÁFORAS DE PLATA

- ❖ Biografía de Juan José Arreola
- ❖ 6 textos de Juan José Arreola

EL MINICUENTO EN PANAMÁ

- ❖ La coral plástica/ Rogelio Sinán
- ❖ Sucedió/ Raúl Leis
- ❖ El observador / Enrique Jaramillo Levi
- ❖ Lobo/ Carlos Oriel Wynter Melo
- ❖ Árbol, mediodía/ Benjamín Ramón
- ❖ Día de campo/ Félix Armando Quirós Tejeira
- ❖ Zona peligrosa / Leadimiro González
- ❖ La tortuga de mar / Claudio De Castro
- ❖ Un amigo especial / Aida Judith González Castellón
- ❖ La hija de Rosa / Julia del C. Regales
- ❖ El róbalo / Bolívar Aparicio
- ❖ Film Noir / José Luis Rodríguez Pittí
- ❖ La esposa / Rafael De León-Jones
- ❖ La entrega de solicitudes / Juan Antonio Gómez
- ❖ Los huevos del dinosaurio / Victor Rodríguez Sagel
- ❖ El lago / Melanie Taylor
- ❖ El señor ministro / Rey Barría
- ❖ El tiempo / Pedro Rivera
- ❖ El enemigo / Mario Augusto Rodríguez
- ❖ La cara del mar / Moravia Ochoa López
- ❖ Para lo que sirve un muerto / Justo Arroyo



ISSN 1018-1563
Tercera Época / N° 47 - 48
mayo - diciembre, 2002
Costo: B/. 3.00

Director:

Coordinación de Difusión Cultural
Universidad Tecnológica de Panamá
Enrique Jaramillo Levi

Corresponsales Internacionales:

Jaime García Saucedo (Colombia)
Carmen Naranjo (Costa Rica)
Ángela Romero Pérez (España)
Carlos Meneses (España)
Dante Liano (Italia)
Fernando Burgos (Estados Unidos)
José Roberto Cea (El Salvador)
Martín Jamieson Villiers (Argentina)
Mempo Giardinelli (Argentina)
Viviane Nathan (Israel)
Franz Galich (Nicaragua)
Lauro Zavala (México)
Floriano Martins (Brasil)
Rogelio Rodríguez Coronel (Cuba)

Portada:

Carlos Arboleda:
Aves en el Muro,
Óleo sobre tela (34" x 48")

Diseño Gráfico:

Pablo Menacho

Un esfuerzo editorial
sin fines de lucro

Una Coedición:

Universidad Tecnológica
de Panamá (U.T.P)

Fundación Cultural Signos

Diseñado y

Construido por:

Red Académica de Investigación y
Desarrollo (PANNet)

REVISTA PANAMEÑA DE CULTURA *Maga*

Fundado en Marzo de 1984

- ❖ La broma / Rafael Alexis Álvarez
- ❖ La gota / Bessy Reina
- ❖ El martillazo / Cáncer Ortega Santizo
- ❖ Los jueves en la tarde / Ramón Fonseca Mora
- ❖ La cordura / Héctor M. Collado
- ❖ El sueño / Roberto Pérez-Franco
- ❖ Las cuerdas del firmamento / Gustavo Emilio Lay González
- ❖ Dos orquídeas / Renato Ozores
- ❖ Josefa / Griselda López
- ❖ La carrera infinita / Digno Quintero Pérez
- ❖ Sopa de Letras / Ernesto Endara
- ❖ El nuevo testamento / Allen Patiño
- ❖ El llegado / Consuelo Tomás F.
- ❖ Poder contra poder / Yolanda J. Hackshaw M.
- ❖ Ese loco sonámbulo triste nostálgico y aterido deseo de vivir / Bertalicia Peralta

Taller

Reseñas

Papeles de la Maga

EDITORIAL

Este número doble de Maga ofrece como novedad varios artículos sobre las características y desarrollo del minicuento (microrrelato o cuento brevísimo) como modalidad dentro de la narrativa, así como una selección de 36 mini-cuentos panameños nunca antes reunidos.

También presenta una amplia y variada miscelánea de cuentos, poemas y ensayos de diversos autores nacionales y de Centroamérica. Asimismo, hay reseñas de libros recientes y textos que documentan el acontecer literario de Panamá.

Esperamos que nuestros lectores disfruten esta muestra, y que ésta contribuya a enriquecer el creciente aprecio de legos y especialistas por la valoración de las letras panameñas. Nuestra literatura se encuentra, sin duda, en un momento de feliz expansión y afianzamiento.

Por otra parte, rendimos homenaje al gran escritor mexicano, recientemente fallecido, Juan José Arreola (1918-2001), cuyas breves narraciones -Varia invención (1949), Confabulario (1952), Bestiario (1972) - son modelos de consición, profundidad e ingenio literario que abrieron camino a una nueva manera de ficcionalizar la prosa.

E.J.L.

Panamá, 26 de diciembre de 2001

MISCELÁNEA

Turbaco Express
(Fragmento de Novela)

José Manuel Bayard Lerma

Consumí los días de la inocencia como expresando el fin del mundo en medio de unos verdaderos vendavales monzónicos que azotaban al pueblo y lo dejaban sumido en un naufragio de Diego de Nicuesa durante quince días con sus noches.

Después de la tormenta bajábamos desde los lomeríos adyacentes con nuestras pocas pertenencias y la ingenuidad del alma a achicarlo todo, porque había aguas por los cuatro costados como si el mar en complicidad con los chubascos decidieran burlarse de la habitual sequía, la seca rajadura de la tierra que consumía cualquier raíz, cualquier simiente, cualquier lengua de animal que con la baba de la muerte encima buscara un ojo de agua, un charco de ranas que le diera bríos a la supervivencia.

La sequía era un infierno de 7 meses que duraba de enero a agosto. El resto de los meses los vivimos achicando al pueblo. Curándolo del agua brava y rezando para que los arroyos de pronto cimarrones encontraran la tranquilidad de su cauce, un hilo de mierda que en la seca era un relieve irrespirable de ocre geografía.

Nací en la desolación del Pacífico, región del Pavarandó cuando la agonía de la segunda guerra aventó a un ejército de gringos sobre enormes barcazas y máquinas que parecían demonios avalanzados sobre las calles del guayabal y el barrio del cocal, dejando una extensa ciénaga de Matusagaratí. Así como llegaron, desaparecieron. Se internaron dos semanas en el monte, y en quince días todo estaba pintado de azafrán. La región de la pinuguilla, alrededores y cima de la serranía del sapo hasta los valles del sábalo, el Tigre y el Venado.

De noche el monterío brillaba no sé si por milagros o alguna maldición de negros. Llegaron y se fueron.

Un buen día se dirigieron a un dirigible todos, y todos desaparecieron dejando su mortandad de máquinas abandonadas en la playa.

Las grandes barcazas quedaron encalladas repartidas entre la boca de los esteros y la playa, cuenta mi madre que oían bostezos y ronquidos que salían de sus bodegas durante las altas horas de la noche. Nadie se acercó a ese lugar, siempre iluminado por veladoras que nadie encendía y humaredas que decían eran los agravios de los manglares vecinos.

...llegó la luz como fugaz y la tristeza caramelo de los pobres se hizo bulla, algarabía, fiesta de esteros, bragadura permanente, juma de chocoanos madereros efluvios de gaitas incesantes, sublevación de tambores por los cuatro costados del Pavarandó para que desplegaran sus mejores bríos las caderas de Camogantí, los machos del Quibdó y el puterío de cholas que briagas bajaban de lo alto de las serranías y los deltas a copular sin dios ni ley en las barcazas abandonadas de la Zona. Zona roja, Zona de putas, Sodoma donde yo nací y años después me sacudí las peinetas de la inocencia.

No sé quién fue mi padre, el padre también de 10 hermanos, mis hermanas de la Gomorra de esos años.

Mis hermanos nunca quisieron ser hombres. Nunca supe sus nombres. Los conocí por sus apodos. La Playona: que se acostaba con todos los pescadores del bajío. La Ventarrona: cada vez que veía a un hombre se deshacía en flatos; La Luciérnaga: sólo vivía de noche, La Virgen: que cada semana santa se vestía de Dolorosa; La Tarzana: que coqueteaba como mono araña haciendo acrobacias en las ramas de los naranjales y arbustos que le pusieran en frente; La Palmera que tenía más tetas que un cocal; La Bembona por la teja que ostentaba; La muñequita culona: por chaparita de formidable trasero; La Tragarierra: porque en el momento se llenaba la boca de tierra para no gritar, y La Candelilla-La Arrierita, por su enorme parecido con una hormiga rojiza que proliferaban durante los largos veranos, y Yo.

A falta de hombres, mi madre Cándida Calidonia Hernando esperaba una mujercita de verdad, que si no se malograba se iba a llamar Bendita, Bendita Hernando: Nací varón cuando los últimos soplidos de la guerra llegaban con los aires de

Hiroshima y Nagasaki a los bajíos del Pavarandó y me encajaron Bendito, ay Ronsambel porque dizque hubo un presidente norteamericano bueno después de Truman que tenía ese nombre.

Muchos años después cuando los gringos desaparecieron en el dirigible supe que se llamaba Roosevelt pero mi madre Canducha nunca pudo pronunciar ese nombre como tampoco podía decir Bendito porque le falta la dentadura de arriba y la D se le escapaba con el viento. Cuando el padre de Río Congo vino a presidir las fiestas de la Virgen de las Mercedes el 24 de de septiembre me bautizó como Benito Rosambel.

Fui equívoco desde la concepción. No por mí sino por las expectativas que molearon las circunstancias por las cuales vine a este valle de lágrimas. Por las circunstancias que encendieron las pistas de aeropuerto que alumbraron caminos, trochas, playas, carreteras, pueblos, y ciudades donde habría de desarrollarse esta vida cuyos inicios tú nunca conociste Antonio José, porque contigo fue abrupta la llegada de un tiempo colmado. Tú me nombraste como querías que te nombraran. Fui tu alma gemela Antonio José, te adiviné movimientos, lealtades y traiciones Antonio José. No sé si fui un oasis donde bebiste como mercader berebere insaciable Antonio José, o simplemente fui esa sentina de infamias. Tu conciencia. Tú me bautizaste Silvia Elena.

Ha sido tan frenética esta danza de trompo de la vida en Turbaco que a veces no se si la he vivido o simplemente invento todo. Me mareo como los borrachos. Si paran mueren.

Todo es un ritmo acelerado delirante que tengo todas las ambigüedades del mundo servidas ante mí como una mesa atiborrada de manjares, fritangas y vinos deleznable donde se pierde lo exquisito del tiempo abrumado de tanto muladar servido. La náusea después de una larga y grotesca vendimia.

No vivo en la desesperanza, habito el vómito.

En las últimas que vivo trato de limpiar la conciencia y mi sangre de resentimientos. Trato de que zarpe el odio con sus dardos a lo que le queda a este país de selva. Si se matan los reptiles, las alimañas, algo de vida respira con nobleza, pero tú Antonio José ni eso dejaste. Todo lo que respiraba fue vendido y todo porque uno de tus más lúcidos días agarraste la vaina de que éramos Arabia Saudita y quisiste convertir a Turbaco en un arenal trepado sobre un charco de petróleo, y deforestase todo, importaste camellos para esta selva de mierda y todos se murieron porque tus veterinarios pensaban que nadaban y allí estabas poniéndoles bombas de agua como gasolineras y les pusiste sobre las jorobas palapas para que los niños y sus papás excursionaran por el desierto de Turbaco. Hasta en la Amazonia pensaste, Dios mío que locura, acabaste con la selva para que los gringos no pensarán que aquí nació Tarzan y lo llenaste de cráteres y no hallaste ni el olor a queroseno. Oh Dios mío espero que no me escuches, porque tú que perdonas todo -esto no lo perdonarías.

Un día amanecieron tus camellos muertos y la sabiduría proverbial de tus veterinarios dictaminó suicidio colectivo.

Vivo rodeado de yerbas para aliviar las dolencias de la edad. Me llaman la loca de las yerbas. Que si los tés de aranda y el palo azul en los ayunos, que si el té de enebro para después de cualquier cosa, que si la damiana para las depresiones, que si esto para la artritis, que si lo otro para el reumatismo, en fin llegué a la edad de los nunca. Nunca me había sucedido tal cosa. Dolencias, embates del alma, aunque vivo cierta, esos males no los cura nada. Rezo, me alivio y a veces se me olvida el mundo, puedo quedarme semanas enteras viendo y oyendo pájaros de toda laya que llegan a esta casa de locos donde no hay interlocutores salvo para escupir algún apodo: a voces me dicen la loca de los sueños.

Pienso morir en este hospital psiquiátrico asistida por las monjas claretianas y los misioneros de la orden de los carmelitas descalzos que proporcionan fortaleza de espíritu a tanto vendaval que cargo en la conciencia.

Las monjas extendieron por las paredes de mi cuarto, un verdadero mapa del mundo donde me oriento y sueño: al norte tengo un paisaje nevado de los Alpes suizos; hacia el sur de mis pies que algún día ya no levantará mi cuerpo un rotundo paisaje veneciano con auténtico gondoleros, las monjitas cuidan los detalles de mi proverbial cursilería, ay, yo que mamá y amamante forajidos con boleros de ausencias, pasillos edípicos, tangos y canciones mexicanas... Al este tengo las Cataratas del Niágara y al oeste un enorme retrato de mi madre Canducha empollorada con sus tembleques de comienzos de siglo sobre el Mar Mediterráneo. Qué linda negra era mi madre, Cándida Calidonia Hernando que Dios la tenga en la gracia eterna.

Existe una vaga bruma en torno a la memoria sobre el resto de mi familia, mis hermanas. Conservo algunos papeles, postales, cartas y el obituario de la virgen que murió en Nápoles apedreada por unos sodomitas perversos.

La roja, la arrierita, se retiró a los cuarenta años a vivir con un vallecaucano para siempre y la monita vive en Pavarandó donde administra un Hotel de paso de su propiedad en medio de achaques pero con los suficientes verdes para enterrarse con todos sus amantes, a las otras no sé qué rutas les deparó el destino.

Pertenece a la leyenda.

A veces lúcido saco del rumbero de papeles atados que atesoro bajo mi cama las cartas de la arrierita, alma buena, releo por ejemplo la última carta que me envió a propósito de la visita del Santo Padre a Turbaco.

Puerto de Anayansi, Pavarandó 9 de Enero de 1968.

Aronda:

El portador de esta -Israel es mi amante y quizá la estación definitiva- aprovecho su viaje a Turbaco con motivo de la visita del Papa para que te entregue esta misiva -quizá la última. No sé si volveré a escribirte, sé que estás en una situación privilegiada como la amante- ¿la única? - De regente. Probablemente al regreso de Israel nos vayamos a vivir al valle de Cauca y los últimos lazos que hemos tenido como familia, si es que existió tal cosa con ese nombre, se rompan para siempre. Por ti, la única, siento una relación más que fraternal, filial, arondita bendita. No te extrañes que te llame Aronda. He tenido un sueño recurrente los últimos diez años. Figúrate que estás tú Bendita, con tu cuerpo y todo, toda vestida de blanco ante un psiquiatra. Estás porque siempre le has temido al agua, siempre has pensado que morirías ahogada ¡tú, que has nacido y crecido en el diluvio! No soportas el agua, enmudeces. Un buen día por un maldito sueño lo único que recuerdas de ese sueño es un nupcio que vives en un viaje de Pavarandó a Turbaco. No recuerdas nada más, pero lo curioso es que no puedes levantarte durante días. Te examinan, te hacen análisis y no encuentran dolencia alguna. Tu psiquiatra un médico judío alemán, de apellido Hammerschlag te somete a hipnoterapia y después de muchos intentos frustrados te duerme. En el sueño te pregunta quién eres y tú dices entre sollozos que eres Aronda una de las doncellas de Nefertiti y que estás muerta porque estás en un pozo donde has caído cuando buscabas agua... y no sé más porque en ese momento despierto angustiada con el eco de ese nombre. Me gusta y te llamó Aronda, Arondita mía...

¿Qué loca verdad? En fin somos una familia de locas -cúdate, se que estás bien.

Te quiero la arrierita.

EDITORIAL

Tiempo y la Memoria o la Dimensión Existencial Histórica de Juan Antonio Gómez

Carlos Fong

Quisiera iniciar esta presentación con una breve aproximación a dos conceptos: tiempo y memoria. Existe alguna analogía entre ellos. Kant suponía que el tiempo era una intuición a priori: algo anterior a toda experiencia y que, por lo tanto, no existe nada que ocurra fuera de él. Otras doctrinas suponen un tiempo infinito: nuestras vidas son una ilusión que evoca el Eterno Retorno: nada es que no haya sido que no será: dirá Borges en una de sus ficciones; pero los que somos admiradores de Borges sabemos que él refutó las doctrinas de los pitagóricos y los estoicos en La historia de la eternidad.

En cuanto a la memoria, pertenece al reino del mito y de los símbolos. Cesare Pavese decía, con sobrada razón, que el recuerdo << comienza a existir solo a partir de una segunda vez >>, a esa esfera del ser y el éxtasis lo nombramos memoria y está fuera del tiempo, porque es un estado de gracia sellado por el símbolo. La memoria es la extensión de los recuerdos y el tiempo la intuición de la memoria. Comulgan en el mismo universo que son nuestras vidas.

El nuevo libro del escritor Juan Antonio Gómez, Del tiempo y la memoria (Editorial Portobelo, 2001), nos aproxima a estos dos conceptos a través de la ficcionalización de la historia, para comprobarnos una conjetura que ha defendido Carlos Fuentes: << la tradición y el pasado sólo son reales cuando son tocados por la imaginación >>. La imaginación es el nombre de la realidad. Cuando imaginamos nuestra realidad es porque algo no anda bien en ella; por eso la interrogamos por medio de las ficciones, que no son otra cosa que formas de acercarnos a lo real.

Del tiempo y la memoria es un libro de cuentos históricos estructurado con seis relatos y en donde el escritor (como una herramienta pedagógica para los docentes), ha incluido una guía resumida para el comentario de cuentos que puede servir de mucha ayuda.

Juan Antonio Gómez se vale de las diversas funciones del lenguaje para regalarnos unos cuentos cuya misión principal (recordemos que la creación es un hecho estético de evidente intencionalidad) es evocar nuestro << sello mítico >>, los símbolos de nuestra identidad, los valores de nuestros héroes históricos a través del tiempo. Por eso algunas veces veremos el uso de un lenguaje más discursivo, donde el autor nos informa de hecho reales y donde predomina un valor denotativo de la palabra; otras veces, predominará un lenguaje más connotativo, para expresar situaciones imaginarias en la que los personajes ficticios son, al mismo tiempo, personajes históricos.

Desde el punto de vista espacial, la ubicación que ocupa el narrador en cada cuento varía también: un narrador-personaje, que narra desde la primera persona gramatical; un narrador -omnisciente, que narra de la tercera persona gramatical; estos narradores se desdoblán en el texto para crear rupturas o resquebrajamiento intencionales. Todo esto está bien tejido con respecto al punto de vista temporal; es decir: en cada cuento se ubica el tiempo del narrador con el tiempo de lo narrado y esto ayuda a llevar una lectura con un tono apropiado a las circunstancias de los personajes, sus acciones, sus posibilidades, sus esperanzas, que el narrador cuenta, la mayoría de las veces situado desde el presente.

El primer cuento está basado en uno de nuestros mitos más famosos: << La india dormida >>. La leyenda cuenta que una de las montañas del Valle de Antón tiene la forma de una mujer que fue castigada por los dioses al traicionar a su raza y haberse enamorado de un español. Un mito es siempre un hecho simbólico, una cualidad con un valor absoluto, que se expresa en una actitud cultural y geográfica: sólo la imaginación suele revivirlo. Cada vez que lo traemos a la memoria existe como tal. La superstición se torna en invención.

El autor ha copiado y recreado al forma del mito para que nuestra imaginación vuelva a recordar, para que nuestra memoria vuelva a imaginar. Los diálogos entre el padre y la hija, entre el sol y la prometida. Entre el extraño y la virgen nos hacen contemplar los estados míticos de nuestra realidad. ¿Qué visitante o viajero no se detiene a buscar la cara y los pechos desnudos de aquella india en las montañas del Valle de Antón?

El segundo cuento se titula << Malditos sean las caras pálidas >> y su protagonista principal ya no es un mito se trata de

Urracá, amo de toda la región del Norte de Azuero. Es un cuento bien logrado, sobre todo porque intenta, con bastante efectividad, expresar el espíritu de una época a través de la acción dramatizada. Esto lo logra a través de los personajes que están bien caracterizados. Urracá no es sólo un cacique guerrero, sino casi un pequeño dios en su tierra, es respetado, sabio, y con un coraje sin límites. Quiero hacer énfasis en los diálogos entre los personajes: son parlamentos con una construcción caracterizada a la épica griega: hay invocación a las deidades, desavenencias, exaltaciones, epítetos fijos, repeticiones de símiles; así mismo el uso de hipérbolos y apóstrofes para exaltar o exclamar. Lo que nos recuerda las actitudes de valor, fidelidad y honor de héroes como Agamenón, Priamo, Ajax, Diomedes, entre otros de la mitología griega. Este cuento es una recreación de la historia nacional con el recurso de la tragedia épica.


El tercer cuento narra la historia de Pedro Prestán, mulato cartagenero con el valor y el coraje único en su época para hacerse frente a los yanquis. << Roja como la sangre >>, es un cuento narrado desde la tercera persona del singular y se vale de recursos como los parlamentos, la retrospección, y la intertextualidad a través de cartas y artículos. En este sentido debemos hacer énfasis en la carta que Prestán escribe, desde la prisión, a su esposa María Feliz, en la que pedía que le sacaran el corazón y selo entregaran a ella. Aquí podemos apreciar el código existencial del personaje: qué significa el valor y la justicia para Prestán, sus posibilidades (a la esposa nunca le entregan el corazón como lo había pedido el condenado), la apelación a la verdad en donde la acción se dramatiza con intensidad trágica.

El cuarto cuento, << Una palabra pública >>, está protagonizado por Victoriano Lorenzo, General de la Séptima División del Cauca y Panamá, asesinado el 15 de mayo de 1903. Es un relato apasionado donde el punto de vista del narrador se disgrega de vez en cuando. Al igual que el cuento de Prestán, se inicia con un epígrafe que nos prepara para una apelación a la justicia. Nuevamente los códigos existenciales del protagonista se evocan a través de la acción dramatizada y la coartación de sus posibilidades: Victoriano es fusilado y su cuerpo tiene un destino desconocido como el corazón de Prestán. En este cuento, lleno de intrigas y traiciones, vemos a un cholo guerrero, valiente, culto y con una capacidad elocuente para enfrentar a sus enemigos. También tenemos elementos de intertextualidad por medio del recurso epistolar. Nuevamente vemos variaciones en el narrador desde el punto de vista espacial, para hacer la acción más tensa. Existe coherencia en el estilo que está acorde con el significado del contexto. El autor logra persuadir al lector con un lenguaje que varía entre lo discursivo y lo literario. El cuento narra la historia y deja de un lado la historiografía. Trata hechos y circunstancias con un profundo sentido antropológico: lo humano impera. La historia de Victoriano es así comprendida como una situación existencial más que histórica, por la que el mismo protagonista conoce el dolor de sus hermanos y asume una actitud moral: << Sé que me van a fusilar. Pero yo sigo siendo liberal, y ustedes ahora son conservadores >>, o espiritual <<... muero como murió Jesucristo. A todos los perdono >>.

El quinto cuento, << Alquiler o comida >>, ya desde el título apela una vez más a la justicia. El autor logra caracterizar bien a los personajes a través de la ambientación y el desarrollo de la acción. El tema es la huelga inquilinaria de 1925. La unidad de acción es coherente con el conflicto que se desarrolla con una tensión gradual. La ilación de los acontecimientos se sucede en una serie de acciones individuales que le van ocurriendo a los personajes hasta convertirse en una acción colectiva: el desalojo por parte de las autoridades. El espacio (los caserones de alquiler) está descrito con suficiente verosimilitud de manera que las necesidades y la psicología de los personajes quedan bien ubicadas. El autor logra hacer una radiografía de los hechos ocurridos en 1925. Hay personajes históricos bastante logrados, como es el caso de Diógenes de la Rosa, quien aparece como un joven intelectual con inquietudes sociales. Una vez más el recurso de intertextualidad es usado por el autor para apelar a nuestra conciencia. La carta de agradecimiento que el Ministro de Relaciones Exteriores de Panamá, Horacio J. Alfaro, envía a las tropas de los Estados Unidos que habían acabado de reprimir al pueblo panameño, cierra el cuento.

El sexto y último cuento, titulado << Aquellos muchachos >>, es el más corto y está narrado por un protagonista de los hechos acaecidos el 9 de enero de 1964. El narrador, que relata los hechos a un receptor implícito, nos introduce en las circunstancias que vivieron los muchachos de la Federación de Estudiantes de Panamá de aquella época. Hay en este cuento, desde el comienzo, una función apelativa del lenguaje que critica cómo se han ido debilitando las asociaciones estudiantiles; sobre toda su falta de conciencia ante los problemas de carácter nacional. Hay una fuerte crítica que compara las condiciones culturales de solidaridad y defensa de la nacionalidad confrontada a la cultura de penetración y sumisión de la actual juventud. El narrador se vale de un discurso más denotativo que connotativo, pero sin perder la ilación de la acción y la caracterización de personajes como Ascanio Arosemena, que los conocemos a través de sus circunstancias.

En conclusión, debemos admitir que Del tiempo y la memoria es un libro de cuentos que recrea la historia. El referente: la realidad, que el autor ficcionaliza por medio de diversos recursos como hemos anotado. Hay, según Milán Kundera, dos formas de la narrativa para examinar la historia: una, la exploración de la dimensión histórica de la existencia humana; la otra, la que ilustra una situación histórica, que describe una sociedad en un momento dado. Creo que Juan Gómez se ha valido de ambos recursos. En algunos episodios vemos una situación existencial de los personajes reveladora; en otras, lo narrado se detiene en descripciones objetivas. Hay en este libro una forma de comprender, valorizar y analizar la historia como una situación existencial y, al mismo tiempo, objetiva. Creemos también que es un buen momento para recibir con alegría y entusiasmo este libro, dado lo próximo que estamos de cumplir un Centenario de Nacimiento de ser República. La



literatura puede tocar, a través de la << imaginación inteligente >>, la historia de nuestra identidad nacional.

EDITORIAL

**Tras los pasos de un libro panameño mítico:
Duplicaciones**

**Angela Romero Pérez
(Universidad de Salamanca)**

En primer lugar quisiera expresar mi alegría y orgullo por tener la oportunidad de acompañar a Enrique Jaramillo Levi, en la que es ya la tercera reedición de *Duplicaciones*, en este caso de la mano de la editorial barcelonesa Casiopea, por lo que supone la vuelta al ruedo -permítanme la metáfora turina- editorial español, once años después de que el libro fuera editado por primera vez en mi país, en 1990, en la editorial Orígenes, versión que su momento reseñé con entusiasmo.

No obstante, hasta esa fecha el libro había seguido una particular trayectoria editorial que merece la pena recordar, aunque sea escuetamente. La primera apuesta de publicación había partido en 1973 del prestigioso sello editorial mexicano, Joaquín Mortiz. La buena recepción que obtuvo provocó una segunda edición en 1982, en la también mexicana Editorial Katún, con el añadido de cinco cuentos nuevos ya publicados en otros dos libros anteriores - << Te amo, Silvia >>, << Piensan que no tuve un buen motivo >> y << El búho que dejó de latir >> (del libro *El búho que dejó de latir*, 1974), << Escribiendo a máquina >> y << Vergüenza >> (del libro *Renuncia al tiempo*, 1975) - ya que el escritor consideró que se hermanaban con los de *Duplicaciones* tanto por la actitud vital con que los concibió, como por su temática.

Con ese lento pero certero camino *Duplicaciones* llega, como les avanzaba, a la segunda edición española, primera en mi país de un libro de cuentos de un escritor panameño. Para entonces algunos de los relatos del libro habían aparecido en diferentes publicaciones de Brasil, Polonia, Hungría, Estado Unidos, Alemania Occidental, Austria y Francia. Además de que dejaba a su paso una huella de amplio reconocimiento fraguada en la aparición de numerosos trabajos, entre los que destaca: *Puertas y ventanas* (Acercamientos a la obra literaria de Enrique Jaramillo Levi), un libro recopilatorio de trabajos firmados por especialistas de diferentes países, dedicados al análisis del conjunto de la obra de Jaramillo Levi, y muchos de ellos volcados en aspectos de los cuentos de *Duplicaciones* y el más reciente: *La confabulación creativa* de E.J. Levi.

La paulatina proyección del libro condujo también a su traducción al inglés en 1994 (con el título de *Duplications and Other Stories*) de la mano de Leland H. Chambers.

Pero, cabe preguntarse: ¿Cómo y donde se gestan los extraños y fascinantes cuentos que componen *Duplicaciones*?:

El proceso creativo arranca en México a lo largo del año 1971, momento en que Jaramillo Levi disfrutaba de la Beca Centroamericana de Literatura concedida por el Centro Mexicano de Escritores. El proyecto de su escritura encontró un importante aliento en los conocimientos adquiridos en un Taller Literario al que asiste en México tutelado por el maestro Juan Rulfo, quien, según confesión del propio escritor, le enseña a pulir y limar el estilo, << a castigar el lenguaje >>. A este impulso creativo hay que sumarle la rigurosa auto disciplina que el escritor se impone, como forma de canalizar la profunda inquietud creativa que le atenazaba desde su adolescencia, ya puesta en la práctica casi una década antes con un libro de relatos titulado *Catalepsia*, con el que ganó en 1964 una mención honorífica en el Concurso Nacional de Literatura de Panamá << Ricardo Miró >>.

Igualmente por esos años se había iniciado en el cultivado género poético, y algunas de sus composiciones aparecen en periódicos y revistas, como preámbulo del que será su primer poemario: *Los atardeceres de la memoria* (1978), y tempranamente en el teatro con *La cápsula de cianuro* (1967).

Duplicaciones están compuestas por cuarenta y cinco cuentos que forman un universo cohesionado, ya que todos perseveran en la temática fantástica y participan de un clima y ambientación similar, en la que prevalece la experiencia de lo anormal. Así lo reconocía el crítico chileno Fernando Burgos en el lúcido prólogo a la edición del año 90, al afirmar que << *Duplicaciones* es un solo gran texto de extraordinaria fluidez y resonancia narrativas >>. Aunque Jaramillo Levi afirma que no hubo una intencionalidad específica en que la dirección temática fuera en concreto la fantástica, pero sí una vocación, quizá inconsciente, puramente intuitiva o emocional, que parecía empeñarse en la inclinación al dominio de lo

extraño y de lo misterioso.

La formulación temática general del libro confronta desde diversas perspectivas la complejidad del mundo interior del hombre con su realidad externa. En los diferentes cuentos van tomando relevo sentimientos y actitudes fácilmente reconocibles para el ser humano, como la recóndita culpa (<<La figura>>), la más oscura angustia existencial traspasada por la inexorabilidad del paso del tiempo, siempre capturado desde parámetros psicológicos (<<Evasiones de la muerte>>, <<Inercia>>), la violenta o sutil traición al amor pasional y el dolor ilimitado que produce (<<Llanto presentado>>, <<El olor>>, <<El esposo>>, <<Underwood>>, <<Paseo al lago>>), los celos patológicos y la consiguiente venganza (<<Piensan que no tuve un buen motivo>>), la externa soledad (<<Rostro>>) y el erotismo o la muerte como caras de una misma moneda (<<El espectáculo>>). Se trata en definitiva de una hábil introspección del trasfondo siniestro que asoma en los espacios y en la vida misma, a través de experiencias raras e intransferibles. Es reseñable una especial incidencia en la adaptación del punto de vista narrativo femenino en muchos de los cuentos del libro, y la sorprendente fidelidad emocional que le imprime el escritor. De fondo late una reconocida inclinación solidaria con las condiciones de opresión social e individual que sufren las mujeres en muchos lugares del mundo, incluidos los países latinoamericanos.

Los temas de Duplicaciones se subordinan en su mayoría a la pérdida de la identidad física y psíquica de los personajes. Asistimos en esta dirección a una actualización de los ciclos mitológicos clásicos, ya que muchos de los protagonistas ven operarse una transformación de sus rasgos humanos, para convertirse en noche, búho, paloma, mesa, poste de la luz, o parte orgánica de una naturaleza vegetal gigantesca, todo materializado a través de incursiones en el mundo de lo onírico y en mecanismos de orden inconsciente, vertebrados en imágenes que dan forma implícita a la alucinación, las obsesiones, la inhibición, la fobia, la compulsión o pergeñan el confuso marco entre el sueño y la vigilia, la fantasía y la realidad, en un ávido muestreo de la simbología neuropsiquiátrica que Freud catalogara funcionalmente a principios del siglo pasado. Además de que el libro incursiona a veces en lo que la crítica conoce como literatura auto referencia o metaficcional (<<Escribiendo a Máquina>>), <<El lector>>, <<Ofertorio>>. Y en este punto es deseable el esfuerzo de variación formal que el autor se impuso en su diseño.

Hay en el libro cuentos de extrema brevedad, que responden a los criterios formales de la microficción, ya que se desarrollan en las nueve líneas del relato más breve - <<Agua de mar>> - o en las veinte de <<Oscilaciones>>, hasta las setenta u ochenta, pero que en ningún caso sobrepasan la página. El criterio formal con el que opera Jaramillo Levi en estos casos es el de la captura de una imagen de carácter visual, que al tener fuerza en sí misma por surgir de los confines de la imaginación, sin asidero con la realidad, no necesita de aditamentos expresivos. Por lo mismo, su decodificación ha de hacerse desde los márgenes del sueño, la sinrazón, el absurdo, o el inconsciente, con la cadena de asociaciones latentes que implica.

En el otro extremo de extensión estarían cinco cuentos: <<El lector>>, <<Nereida>>, <<Piensan que no tuve un buen motivo>>, <<El búho que dejo de latir>> y <<Vergüenza>>; que rebasan la extensión habitual de sus composiciones, ya que trasponen la frontera de las cinco páginas. Su textura es muy disímil de la de los cuentos anteriores. En primer lugar se advierte un marco de acción más detallado y por irradiación lógica, una inusual demora en la caracterización de los personajes. La disposición de la información se aleja de la condensación de otros cuentos y adopta un ritmo más pausado, ya que vierte dosificada y reordenada en diferentes planos, bien topográficamente mediante un mero blanco espacial o mediante el empleo de numeración romana en (El lector). La amplitud del manco narrativo obedece a la ambición de Jaramillo Levi de experimentar con las tonalidades diferentes que ofrece un mismo tema, y a la necesidad que impone su anécdota de tener un desarrollo más amplio. Como ejemplo cabe mencionar el cuento <<Piensan que no tuve un buen motivo>>, cuya extensión - 15 páginas- no contradice los beneficios estéticos y emocionales inherentes al cuento. Su desarrollo interno se pauta a través de un virtuoso cruzamiento de planos que da forma a la historia deshinchada que proporciona una voz narrativa femenina, presa de la más aguda confusión mental. El proceso narrativo se plantea entonces desde los márgenes de una razón que se debate en la circularidad mental, presa de la idea obsesiva de la venganza en el marco de la relación de pareja. El estre cruzamiento temporal teje en el texto una compleja red discursiva, expresión de la situación enajenante en que se debate la mujer protagonista: << Era como estar atrapada en medio de una red invisible, la cual se iba enmarañando en torno mío sofocándome más >> (pág. 199). Y en esa dirección apunta la imposición de largura del cuento, no en extremar la intensidad en dirección hacia el desenlace final, sino en dimensionar la textura logística de la manifestación de la locura, que alcanza su clímax no apoyados en factores inesperados, sino en despliegue surrealista mediante plástica imagen de raíz cortazariana, que remite a la definitiva alteración en la manera de percibir de la protagonista: << Ya casi no duermo y cuando logró hacerlo, un sueño obsesivo, recurrente, me posesiona. De mis senos prietos maman infinidad de niños blancos y gorditos como cerdos: tienen los ojos aguados de Papá Woodward, la mueca de David, y dólares en lugar de inquietas manecitas haciéndome cosquillas >> (pág. 212). A tenor de lo dicho, parece indiscutible que Jaramillo Levi nunca narra dos relatos del mismo modo.

A estas alturas (ustedes) ya imaginarán que los personajes que pululan por los cuentos de Duplicaciones son personalidades con una capacidad de raciocinio profundamente alterada, en su mayoría enajenados por percepción ilusoria, como la visión de seres sin existencia material o el desarrollo de una imagen mental distorsionadora de la realidad. Siempre en los límites

de lo legítimamente comfortable por los sentidos, y en un espacio caracterizado con las peculiaridades del delirio, que arrojan al lector hacia una atmósfera de pesadilla que nunca le deja indiferente, pues le pone frente a la familiaridad de las zonas oscuras de la condición humana que todos compartimos; al tiempo que lo adentra en los peligros y esclavitudes de la sociedad moderna en que nos hallamos inmersos, gobernada por el desengaño, la ansiedad y la desconfianza.

Es también destacable la aguda exigencia expresiva que el escritor le imprime a los cuentos, a través del empleo de un lenguaje hondamente versátil que trasciende generosamente la engañosa rigidez del habla común, y se plantea como un espacio de apertura hacia la mágica seducción de silencios cifrados; al presentarse escueto, directo y natural y luego poético, plástico, retórico y con un gusto por la palabra rara, sugerente y eminentemente evocador.

Comprobamos pues que son muchas las características que hacen de *Duplicaciones* un libro fascinante que consigue atrapar al lector página tras página, y hace vana la tarea de abandonar su lectura. A las mencionadas se suma la radical diferencia que entrañan respecto a los relatos fantásticos tradicionales. Si aquéllos se preocupan por provocar un abierto miedo u horror en el lector, los cuentos de *Duplicaciones* no fomentan el asombro, sino que buscan provocar difusos sentimientos de tensión e inquietud en el receptor, y una soterrada angustia producto de una impresión intelectual y afectiva huidiza, imposible de descifrar e inexplicable por los cauces racionales. No encontraremos en sus páginas lobos, monstruos o vampiros, sino la paulatina irrupción de algo extraño, intangible en la vida cotidiana de sus personajes, que al proyectarse hacia su interior genera el conflicto. Los cuentos de *Duplicaciones* se erigen en interventores de apertura hacia las zonas inexploradas de la realidad, desde el empeño en mostrar las fisuras y quiebras de la objetividad que normalmente aceptamos como real.

Se fomenta en sus páginas cierta deformación narrativa en que se sublima el contraste y el gusto por lo oblicuo, lo indirecto o la sugerencia; además de representar una liberación del orden reglamentado, puramente restrictivo de horizontes y rutinario. Desde estos planteamientos Jaramillo Levi apela a la inteligencia y sensibilidad de un lector y darle su verdadera dimensión y sentido desde la aceptación tácita de las reglas que implica el sobreentendido de la ficción, para poder internarse en el caos o abismo de sus tramas y encontrar la suerte de orden secreto que los estructura.

Bajo el ropaje estético y temático de *Duplicaciones* reconocemos las huellas de dos de los máximos exponentes de la literatura hispanoamericana y sobre todo del cuento fantástico: Borges y Cortázar; pero también de los más grandes cultivadores universales del género como Edgar Allan Poe, verdadero inventor del cuento moderno, Kafka o Bram Stoker. Pero su eco no pasa de cierto aire de familia, pues en ningún caso le resta originalidad al libro; ya Jaramillo Levi además de revitalizar los planteamientos del cuento fantástico, los trasciende y reformula confiriéndole una profunda novedad, y precisamente en la rotunda novedad - temática y técnica- que aportan en un medio literario tan sui generis como el panameño, estriba uno de sus primeros valores. Al punto de que hasta el día de hoy pueda decirse sin temor a precipitarse que *Duplicaciones* se signa como un libro de rango mítico que ha teñido la experiencia colectiva de buena parte de los jóvenes escritores panameños surgidos en décadas posteriores, como ya ha señalado en más de una ocasión el crítico Ricardo Segura.

A estas alturas es indiscutible que *Duplicaciones* es un libro clave en la literatura panameña y centroamericana y el más importante en la larga trayectoria creativa del escritor panameño. Lo prueba el que a tres décadas de su aparición siga motivando numerosa atención por parte de destacados estudiosos, y que para el propio escritor sea siempre un referente a tomar en cuenta en los libros que ha publicados en los años siguientes.

Sobradas razones éstas para celebrar en este inicio de milenio la renovada entrada en el mercado editorial español de *Duplicaciones*. Cuando más que nunca han sido abolidas, como se reclama a través de los cuentos del libro, nuestras certezas y nos internamos en un tiempo y espacio multiforme, incierto y extraño, que sin duda su lectura nos ayudará a comprender mejor.

Les aliento a que lo intenten y se sentirán inmensamente gratificados por el viaje a la extraordinaria dimensión imaginativa que desde sus páginas se propone.

Presentación en la Librería Exedra Books -Ciudad de Panamá- de la cuarta edición de *Duplicaciones* (Barcelona: Ed. Casiopea, 2001), el 21 de noviembre de 2001.

REFLEXIONES SOBRE EL MINICUENTO

Ronda por el cuento

Edmundo Valadés
(Mexicano)

Desestimado en mucho como creación menor, la del miniaturista, el cuento breve o brevísimo no ha merecido ni recuento, ni historia, ni nombre específico universal, como lo demanda Marco Antonio Campos, salvo lo que desde la revista El Cuento le dimos de minicuento o minificción, y que ha ido generalizándose. Pero su interés, su circulación, su creciente ejercicio y su valor como género literario han ido en ascenso: es ahora una elaboración que prolifera en las letras contemporáneas, y se ensaña o se colma muy extensamente en nuestros países, sea en el estudio del escritor o en el taller de los que se inician en la narrativa: de allá su reproducción constante en revistas y suplementos y la multiplicación de libros forjados con minicuentos.

Su mayor difusión, impulso y estímulo se lo ha dado la revista El Cuento, desde hace más de 25 años en que empezó a publicarlos profusamente, y que organizó el primer concurso de dichos textos, y es ya constante, diría que insoslayable, su inclusión en revistas y suplementos literarios. Incluso, incitó en Colombia a que se creara una publicación especializada en recogerlos: Ekuóreo. Una bibliografía de obras en tal especialidad haría evidente su múltiple presencia, quizás como reciente fenómeno creativo en la literatura latinoamericana contemporánea.

Expresivo de su beligerancia es este casi manifiesto lanzado por la revista Zona, de Barranquilla, Colombia, de Laurián Puerta, en el que se le concede función literaria subversiva: << Sacado de una de sus falsas costillas, el minicuento, ese extraño género del siglo XX, ha conducido al cuento clásico al camino de una estrepitosa bancarrota. Parece una afirmación temeraria. Pero en una rebelión inexorable que viene gestándose desde la cuentística inaugurada por Poe. La primera escaramusa fue con el relato breve. Y al minicuento se le ha encomendado la delicada misión de darle el tiro de gracia >>.

En otra página se apegan, bajo un título de aire provocativo, << ¡Ni un paso atrás, siempre en el minicuento! >>, estos conminatorios postulados: << concebido como un híbrido, un cruce entre el relato y el poema, el minicuento ha ido formando su propia estructura. Apoyándose en pistas certeras se ha ido despojando de las expansiones y las catálisis, creando su propia unidad lógica, amenazada continuamente por lo insólito que lleva guardado en su seno. La economía del lenguaje es su principal recurso, que revela la sorpresa o el asombro su estructura se parece cada día a la del poema. La tensión, las pulsaciones internas, el ritmo y lo desconocido se albergan en su vientre para asaltar al lector y espolearle su imaginación. Narrado en un lenguaje coloquial o poético, siempre tiene un final de puñalada. Es como pisarle la cola a un alacrán para conocer su exacta dimensión ... El cuento clásico ha sido domesticado, convertido en una sucesión de palabras sin encantamientos. El minicuento está llamado a liberar las palabras de toda atadura. Y a devolverle su poder mágico, ese poder de escandalizarnos... Diariamente hay que estar inventándolo. No posee fórmulas o reglas y por eso permanece silvestre o indomable. No se deja dominar ni encasillar y por eso tiende su puente hacia la poesía cuando le intentan aplicar normas académicas >>.

Aparte de ciertas puntualizaciones que ameritaría este aguerrido manifiesto, no deja de ser otra certitud del auge de los significados actuales del cuento brevísimo, que encuentra allí partidarios que lo enarbolan como desideratum cuentístico.

Otro signo del interés que despierta, es la relación sobre el cuento en Hispanoamérica, de Juan- Armando Epple, publicada en la revista argentina Puro Cuento, con valiosas sugerencias y datos respecto al género, y en la que se señala que la revista El Cuento lo bautizó como <<minicuento>>, y que tales textos, para Enrique Anderson Imbert, son <<cuentos en miniatura>>.

Minificción, minicuento, microcuento, cuento brevísimo, arte conciso, cuento instántaneo, relampagueante, cápsula o revés de ingenio, síntesis imaginativa, artificio narrativo, ardid o artilugio prosísticos, golpe de gracia o trallazo humorístico, sea lo uno o lo otro, es al fin también perdurable creación literaria cuando ciñe certeramente su mínima pero difícil composición, que exige inventiva, ingenio, impecable oficio prosístico y, esencialmente, impostergable concentración inflexible economía verbal, como señala José de la Colina, para los que él llama "cuentos rápidos". La minificción no puede

ser poema en prosa, viñeta, estampa, anécdota, ocurrencia o chiste. Tiene que ser ni más ni menos eso: minificción. Y en ella lo que vale o funciona es el incidente a contar. El personaje, repetidamente notorio, es aditamento sujeto a la historia, o su pretexto. Aquí la acción es la que debe imperar sobre lo demás.

Para aludir a lo que es o debe ser este género, parto de la base tentativa - arriesgándome a pisar terreno muy resbaladizo - de considerar minificción al texto narrativo que no exceda de tres cuartos de cartulina. Más no, porque rebasando tal obligada limitación que implica resolver los problemas de apretujar una historia fulminante en unas quince o diecisiete líneas mecanografiadas a doble espacio, sería posiblemente cuento. ¿O donde, sino, se puede separar el espacio entre cuento y minificción?

Si me remito a las minificciones que más me han cautivado, sorprendido o deslumbrado, encuentro en ellas una persistencia: contienen una historia vertiginosa que desem-boca en un golpe sorpresivo de ingenio. Así el suceso contado se resuelva por el absurdo o la solución que lo subvierte todo, delirante o surrealista, vale sí la descomposición de lo lógico hasta la extravagancia, lo inverosímil o la enormidad, posee el toque que suscite el estupor o el pasmo legítimos si se ha podido tramar la mentira con válida estrategia. Temática frecuente del minicuento, quizás la más localizable, es el reverso, la contraposición a historias verídicas, estableciendo situaciones o desenlaces opuestos a incidentes famosos, reales o imaginarios, o las prolongaciones entre el antiguo juego entre sueño y realidad, o invención de seres o animales fabulosos, como serían los casos de Michaux, Borges, Calvino, por citar algunos de los más admirables.

Las más de las veces, lo que opera en las minificciones certeras o afortunadas es un inesperado golpe final de ingenio, cristalizado en contadas líneas, en una fórmula compacta de humorismo,, ironía, sátira o sorpresa, si no todo simultáneo.

Otra recurrencia es la alteración de la realidad, en mucho por el sistema surrealista, al ser transformada por el absurdo, de modo inconcebible o desquiciante, creando una como cuarta dimensión en la que se violentan todas las reglas de lo posible.

El cuento brevísimo es invención oriental, quizás más particularmente china, por estar en su literatura, creada hace siglos, algunos de los más redondos y ejemplares. En libros sagrados o históricos, de la más remota antigüedad, hay insertos algunos inesperados o fortuitos, disimulados como parte de un texto dilatado, que al ser extraídos, adquieren calidad de inopinadas o reconquistadas miniaturas narrativas. En El Talmud o en sus similares árabes, hindúes, etcétera, proliferan casi siempre propuestos como sabios consejos metafóricos de una religión de una ética o una tradición en los usos y costumbres, deviniendo a veces en minificciones, porque aunque no se lo hubieran propuesto, a sus autores, generalmente anónimos, les brotó de pronto el género. Los hay deliciosos, en El libro las mil noches y una noche, y posteriormente en otros libros occidentales como el Novellino, por dar un ejemplo.

Algunos clásicos españoles los retoman de literaturas orientales o del propio acervo folklórico, con deliberación y gracia: baste citar a Juan de Timoneda, uno de los más perdurables, y a Juan Rufo o a Juan Aragonés, entre otros. Jorge Luis Borges y Adolfo Bioy Casares, en la preciada antología Cuentos Breves y Extraordinarios, extraen, ubicándolos o casi forjándolos al descubrirlos en obras voluminosas, por medio de múltiples y atentas lecturas, textos mínimos de diversos autores clásicos o modernos, que al ser atrapados adquirieron naturaleza de minicuentos en una tarea exploratoria que yo he extendido en El libro de la imaginación.

Tal vez podría determinarse el año de 1917 como el de la fundación del cuento brevísimo moderno en México y demás países de Latinoamérica, con uno, titulado A circe, primer texto con que se abre un libro entonces de insospechadas radiaciones e influencias, Ensayos y Poemas, editados ese año y que le daría celebridad a largo plazo al cuento y a su entonces joven autor, el mexicano Julio Torri, quien frisaba entonces los 28 años.

Hay cierto consenso en que esa mínima prosa es la pequeña obra maestra suya, pues en muchos contiene su estilo conciso, irónico, malicioso, de elaborada exactitud idiomática. Texto que con otros de su libro Ensayos y Poemas influirán induciendo a varios de sus contemporáneos a forjarlos: Genaro Estrada, Carlos Díaz Dufío, Mariano Silva y Aceves. Y más tarde influirá en Salvador Novo, que los colma maliciosamente, dejando varios felizmente antologables, y de seguro en la serie que envuelve Tapioca Inn, comprimidos de grato humorismo y fantasía, que prosiguen en sus cuentos de fantasmas, << donde lo vivo y lo muerto juegan alegre y despreocupadamente >>. Y luego Torri estará presente también en la generación que por los años 50 lo redescubre, lo revaloriza con más atenta mirada crítica, suscitándose con Circe una secuencia dedicada a Ulises, que tramarán en un contrapunto de juguetonas versiones el español Agustín Barta y los mexicanos Salvador Elizondo y Marco Antonio Campos, entre otros más aquí y en países sudamericanos.

Pero la repercusión de Torri actúa particularmente en el caso excepcional de Juan José Arreola, quien burilará milagrosos textos y cuentos en los que corretean graciosas socarronerías y un incisivo y mortal aire irónico, en una operación de magnánimo y variado ingenio, para convertirse en uno de los grandes alborozos de nuestra literatura, o quizás en su gran alborozo. La obra de Arreola influye a su vez incalculablemente en la generación de los años 50 y más allá, y la que debido a esa activación, revaloriza a Torri se nutre de sus enseñanzas idiomáticas y del ejemplo de que en sus textos << ninguna

palabra estuvo de más >>.

En este vistazo a otras expresiones de la ficción breve del siglo XX, recurriendo a la memoria, Franz Kafka elabora maestrías de mínima medida en las que reaparecen los temas profundos de sus novelas, artefactos explosivos para detonar angustias y conflictos del destino humano. Y Ambrose Bierce, cabecilla de lo corrosivo, de la sátira fulminante sobre la condición humana a la que desnuda con pinzas de acero escéptico. Hay que mencionar a un cuantioso creador de ellas, Ramón Gómez de la Serna, quien en su libro *Caprichos* (1956) forja unas doscientas, entre las cuales, si no todas, las hay magníficas y logradas. Que yo sepa ningún otro escritor en nuestro idioma ha intentado tantas.

Jules Renard es gran maestro en minificciones, muy pródigo en ocuparse de personajes y detalles de su Francia rural, en textos irónicos, y quien llega a una especie de haikú en prosa, al dar aguda y personal visión del mundo animal. Entre otros franceses, está Max Jacob, que las despliega en su *Cornet á dés*, con intención más bien poética y, en primera línea, Henri Michaux, portentoso fabulador de textos breves con los que urde países, ciudades y personajes insólitos, como se ha dicho, nacidos de una riquísima imaginación, de la experiencia onírica o del influjo de la droga, en libros de inventiva fascinante. En Michaux es muy posible que Julio Cortazar encontrara la veta para sus cronopios y sus famas, e Italo Calvino la fuente para establecer sus ciudades invisibles, seductora geografía imaginaria. Jean Cocteau, muy versátil, nos ha dejado miniaturas de singulares efectos, porque parecen la trampa de un prestidigitador.

Quizás el juego entre sueño y realidad, muy chino, se contemporiza con Borges, autor de minificciones ejemplares, con alusiones a animales ficticios, para que se repita soberbiamente ese artificio incansable que había de multiplicarse. Entre más escritores argentinos, numerosos, que frecuenta tal zona literaria, Enrique Anderson Imbert es diestro y feraz en maquinar múltiples minificciones, en tanto que Marco Denevi atina incansablemente en reversiones antihistóricas. Anoto de él un libro delicioso, *Falsificaciones*, por su ingenio en reinversiones relampagueantes, así como Héctor Sandro, de los más notables en tal arte conciso. Y entre otros mencionables, Ana María Shúa y Rodolfo Modern, quien en un libro aparentemente chino, logra válidas réplicas a versiones de clásicos chinos.

Entre los españoles, A.F. Molina, con sus libros *Arando en madera* y *Dentro de un embudo*, realiza travesuras de desenfrenado humor negro, en tanto que Alfonso Ibarrola es creador de textos de un extraordinario humorismo: su *La Aventura* es una de las mejores brevedades, en esa tesitura definitivamente antológica. El chileno Alfonso Alcalde, en *Epifanía Cruda*, agrupa una serie inaudita de comprimidos, con impecable factura en la línea del absurdo y el humor negro, que él mismo considera señales de humo, parpadeos de la memoria, hitos de la imaginación, contraseñas o borradores de historia que se quedan debajo de la lengua, entre los dientes; o que son cuentos tan efímeros como el hipo, pero el verdadero, eso sí, puntualiza.

Otro latinoamericano, el salvadoreño Alvaro Menén Desleal, es de los más consignables, así como su compatriota Ricardo Lindo. En la ciencia ficción mínima, el francés Jacques Stenberg y el belga Pierre Versins tienen textos memorables, porque condensan en ellos historias anticipadoras de lo que podrá acaecer a los terrícolas en siglos futuros, ya cuando entren en colisión con habitantes de otros planetas o cuando se cumpla totalmente su extinción.

Y para no extenderme más, así deje pendientes otras referencias que confirman el auge y la proliferación del género, paso al vuelo sobre autores mexicanos recientes. Perito en la concisión, uno de los más notables ingenios de la sátira y la fábula en el siglo XX, Augusto Monterroso, apastilla textos de los que destilan burlas, de finísima gracia, y que resultan ejemplario, colmadamente divertido, de las debilidades o de las estupideces humanas. Donoso y juguetón, pero implacable e inflexible, de él dijo José Alvarado: "Augusto Monterroso es uno de los más lúcidos, misterios y sutiles prosistas en el castellano de hoy. Pedante fuera señalar su vago parentesco con Borges, Arreola, Marcel Schowb, Jules Renard, algunos ingleses y el mismo Azorín y, también, la vertiente original de su expresión".

Cito de salida unos cuantos nombres más de los que sobresalen aquí en la minificción: José de la Colina, René Avilés Fabila, Felipe Garrido, Agustín Monsreal, Otto Raúl González, Olga Harmony, Leopoldo Borrás y Roberto Bañuelas, cantante de ópera que se da tiempo y afición constantes para preparar cápsulas de ingenio, varias de ellas perdurables por la agudeza con que las concentra y remata.

Digamos, por último, que la minificción es la gracia de la literatura.

(Tomado de la revista *Puro Cuento*, No. 21, Buenos Aires, marzo-abril de 1990).

EL MINICUENTO EN PANAMÁ

Rogelio Sinán
LA CORAL PLÁSTICA

Entre la exuberante vegetación del jardín el niño jugaba, calladamente solitario, con la culebra de material sintético que le había regalado su padrino esa mañana según dijo papá muy satisfecho por el susto que le causó a la mamá.

Era tan asombroso el parecido con una auténtica coral (por sus colores y repulsiva morbidez) que, al echársela papi entre los senos, de modo brusco y repulsivo, ella dio un salto con los ojos desmesuradamente abiertos y estuvo a punto de sufrir un colapso, dando gritos, suplicando al esposo:

-¡Por favor, sácame eso!

Papi, burlándose reído, hizo que el niño demostrara su valentía metiendo él mismo sus manitas en el escote de la madre quien (para no causarle al nene nuevos traumas) reprimió su asco y acarició al odioso reptil plástico que aún le produjo escalofríos a pesar de saberlo inofensivo.

Papi, arguyó que el hijo necesitaba liberarse de su absurdo complejo de timidez. Sólo así dejaría de ser cobarde y huraño. En realidad había aceptado aquello por pura cortesía, pues se notaba que no era nuevo sino usado, de lo cual coligió que lo anhelado por el padrino había sido deshacerse de la curiosa culebrilla.

-A mí tampoco me entusiasma ese bicho. Apenas nuestro nene descuide, se lo regalaremos a otro chico.

Ella, tranquilizada por tal promesa, se dejó convencer de su marido, aceptando que, como cosa de milagro, aquel juguete le había quitado el miedo al hijo.

-No te preocupes -seguía diciéndole el esposo -. Míralo allá jugando entretenido con su ofidio ficticio.

Fue entonces cuando oyeron el alarido desgarrador.

Ambos, corriendo desalados, lograron ver aún cómo escapaba entre las hojas de un matorral la coral verdadera que había picado al niño.

(Tomado de: Rogelio Sinán. El Candelabro de los malos ofidios.
Panamá: Editorial Signos, 1982.)

EL MINICUENTO EN PANAMÁ

**Raúl Leis
SUCEDIÓ**

(A los periodistas honestos)

Desde las paginas del periódico, Gabriel Pérez se ganaba la vida deshaciendo honras, fabricando noticias y vendiéndose al mejor postor. Un día inició una campaña ensartado infamias de todos los colores y tamaños contra el barrio. Los propietarios de varios edificios habían pagado generosamente al periodista para desacreditar a un número plural de inquilinos, quienes se negaban a desalojar edificios que iban a ser convertidos en oficinas.

Por los mismos motivos, Marina Contreras en la televisión sibilamente sirvió de caja de resonancia de la campaña de Gabriel Pérez y también recibió buenos dividendos.

Un noche el poder de los ofendidos tuvo una mágica erupción. Doña Pancha, la planchadora, celebró en su cuarto una fiesta de santería e hizo que los vecinos descubrieran las magnetizadoras influencias de los tambores de San Lázaro. En el momento del paroxismo, cuando las manos casi rompían los cueros, todos los inquilinos pusieron sus dedos acusadores sobre la foto de Gabriel Pérez que ilustraba la edición del periódico. Y también apagaron el televisor en el momento que aparecía en la pantalla el rostro de Marina Contreras.

Desde ese momento, Gabriel Pérez advirtió horrorizado que estaba manchado indeleblemente por huellas digitales inmensas que trazaban su rostro y cuerpo con líneas negras imborrables. Marina Contreras sintió que de pronto vagaba en un océano de éter, bombardeada por las ondas sónicas y luminosas de la atmósfera extraterrestre, sin la más remota posibilidad de regresar jamás de los jamases a la realidad.

Sucedió.

(Tomado de: Raúl Leis. Viaje alrededor del patio
(Cuentos de vecindario). Panamá: Editorial Signos, 1987.)

EL MINICUENTO EN PANAMÁ

Enrique Jaramillo Levi
EL OBSERVADOR

Sin saberse observada, engulle un terrón de azúcar dejado al azar sobre el redondo vidrio traslúcido de la mesa del comedor. A medida que la diminuta trompa filosa penetra y absorbe, penetra y absorbe con sistemática, pausada precisión, la masa se va desmoronado hasta sólo quedar un reguero blanco cuyo diámetro y espesor disminuyen rápidamente. Al final nada más están ella y su reflejo -negra sombra hinchada-, limpiándose las patas.

<<Todo lo que vive, come>>, pienso mientras la veo iniciar un vuelo que percibo torpe. Da varias vueltas, y termina posándose al otro extremo del vidrio.

Me acerco. Sobre la pulida superficie la mosca y su doble, lentos, se desplazan.

<<Todo lo que vive, muere>>, me digo dándole un fulminante chancletazo, que tiene la virtud de unificar su imagen.

-¡Qué asco!- exclamo, y busco una servilleta.

EL MINICUENTO EN PANAMÁ

**Carlos Oriel Wynter MElo
LOBO**

Cuando llegué a las llanuras del sur, yo era un lobo salvaje. Aullé con perseverancia y gruñí a cuanto ser se me atravesaba en el camino. Pero me trataban con burla: los libros de zoología aseguraban que no había lobos en las llanuras del sur. Sólo me creyeron bajo la forma de fiel y cariñoso perro.

EL MINICUENTO EN PANAMÁ

**Benjamín Ramón
ÁRBOL, MEDIODÍA**

"...recuérdeme alguna vez"
R.F.R.

Yo sí me acuerdo. Mamá recogió la semilla, la limpió y me la dio a guardar. Me dijo: guardarla que cuando lleguemos a la casa la sembramos.

A lo mejor por eso es que recuerdo. La recogimos -oscura y sucia- un día domingo junto a la playa, en abril. La tuve -caliente, suave- en mis manos toda esa tarde, mientras regresábamos.

Ese mismo día ya de noche la sembramos, todos contentos, esperanzados.

Luego poco a poco, sin darnos cuenta casi, rompió tierra y apuntó sin miedo hacia arriba. Todas las tardes yo lo veía tomar cuerpo mientras le echaba agua cuando el sol ya no quemaba.

Papá desde la casa de pronto lo vio asomarse a la ventana. Ahora de vez en cuando quitaba los ojos del libro y también lo veía crecer lentamente.

Hoy el almendro llena la ventana del frente, del lado de la casa de Monipodio, por donde muere el sol. Es ancho y fuerte. Todos los años llena la acera de hojas secas y semillas amarillas, como la que un domingo hace años recogió mamá en la playa y yo cuidé, sin sospecharlo.

Papá no está ya con nosotros. Pero la sombra del almendro al mediodía nos lo recuerda y parece que estuviera allí, en la casa, desde la esquina donde solía leer a Martí, recuerdo. Todavía me acuerdo cómo lo miraba crecer y cómo se le humedecían los ojos.

(Tomado de: Benjamín Ramón. *Contra Reloj*. Panamá: INAC, 1992.)

EL MINICUENTO EN PANAMÁ

Claudio De Castro
LA TORTUGA DEL MAR

Cuando la tortuga emergió, tenía yo dos años días de ser arrastrado por la corriente del golfo. Era una mala época y había pocos barcos pesqueros. Solté el tronco y nadie desesperado hacia ella. Estaba muy cansado para pensar en lo que hacía. El saber que no me causaría daño me dio la confianza necesaria.

Mi peso no la perturbó.

Nadaba solapada, chapoteando a intervalos con sus aletas verdes.

Dos veces se sumergió dejándome en la superficie. Regresaba con un pescado en la boca. Ella comía una parte, yo la otra.

Al terminar la tarde, vi un grupo de bultos flotando a la deriva. Acercándonos, pude comprobar que eran otras tortugas.

Esperaban.

Tres llevaban sobre sus carapachos animales medio muertos. Una, un gato; la otra, un perro; y la última, un mono, tan débil que apenas reparaba, echado de frente.

La tortuga que me soportaba se reunió con ellas, colocándose en el centro.

Hubo entonces una gran algarabía.

Había ganado.

Llevaba la presa más grande.

(Tomado de: Claudio De Castro.
El juego. San José (Costa Rica): Editorial Universitaria Centroamericana, 1989.)

EL MINICUENTO EN PANAMÁ

José Luis Rodríguez Pittí
FILM NOIR

Vestido con gabán y sombrero negro, a lo Dick Tracy, me persiguió por varias cuerdas. La oscuridad de la noche era rota por la dura luz de las luminarias, que sólo había en las esquinas. De las alcantarillas de las calles, extrañamente vacías, salía un vapor artificial como ese que ponen abundante en casi todas las escenas de los film noir.

Entré a un callejón y llegué a un edificio oscuro y alto. Raudo subí por la escalera metálica exterior. Ensayé inútilmente puertas y ventanas, hasta que una se abrió sin mucho esfuerzo, en el cuarto o quizás el quinto piso. Traspasé el vano sin siquiera asomarme.

Era una gran sala, completamente vacía, sin otra abertura por la cual entrar o salir más que aquella ventana y una gran puerta, asegurada desde afuera, por la rendija de la cual se colaba la única luz que entraba al recinto. Me encogí instintivamente en la esquina más apartada, esperando no haber sido visto. Silencioso. Inmóvil.

Súbitamente, la puerta se abrió de un tirón y entró él, imponente figura oscura iluminada por detrás. De rasgos afilados, tono lánguido, casi gris. El bulto cerca de la axila delataba un arma.

-Finalmente te tengo -me dijo seco-. Puedes despedirte de toda esperanza.

-Olvidas que aún este es mi sueño - alcancé a murmurar, mientras me incorporaba.

En mi mano apareció de pronto un revolver enorme. Lo liquidé sin asco ante de despertar.

EL MINICUENTO EN PANAMÁ

Juan Antonio Gómez
LA ENTREGA DE SOLICITUDES

Hicimos una larga fila. Éramos alrededor de mil quinientos solicitantes. Sabíamos que las plazas disponibles sólo eran quinientas. Por un altoparlante una voz muy modulada repetía oportunamente que recordáramos que los escogidos no serían aquellos que entregaran primero, sino los más aptos.

La capacidad de atención de las secretarías- eran tres en total- era de doscientos solicitantes por día. Yo había llegado la víspera del primer día, en que según anunciaba el periódico se empezarían a recibir las solicitudes debidamente llenas... Llegué a las cinco de la tarde y pensé que con toda seguridad me tocaría el primer lugar, pero ya la fila había empezado. Me tocó el número mil cien. A la medianoche, según los rumores, ya la fila había llegado a los dos mil. Para las siete de la mañana, según los expertos, el número de solicitudes habría rebasado los cinco mil.

Fue necesario movilizar tropas de la policía para reducir el número de solicitudes, de diez mil a tres mil. El conteo se tuvo que hacer diez veces, porque en cuatro ocasiones el solicitante tres mil uno quedó dentro y en seis ocasiones quedó fuera de los tres mil. Se decidió democráticamente y como seis veces quedó fuera de los tres mil, se le obligó, junto con los otros siete mil solicitantes, a desalojar las calles, no sin antes prometerle que si había algún error se le llamaría de inmediato. La secretaria del Jefe de Conteo en persona vino hasta la fila y le dio una palmadita en el hombro y le sugirió que dentro de unos quince días se diera una vuelta, que quizás viendo su interés el Jefe de Recibo, podría ayudarlo.

Al segundo día la mayor parte de nosotros estábamos fatigados. La fila empezó entonces a hacerse más larga porque la mayoría -por no decir todos- empezamos a extender las camas-canapés que nos traían nuestros familiares. La voz del altoparlante empezó ahora a repetir. <<No todo está perdido>>. Así que algunos solicitamos fogones de carbón; otros, reverberos y empezamos a preparar meriendas. Por la mañana y en la noche intercambiamos los alimentos con los compañeros más cercanos de la fila. Unos cambiaban por carne. Otras tortillas por café. Y los de mejor situación, vino por cerveza.

Al sexto día fui despedido. Y tranquilo, como otros, me dirigí a mi casa a esperar a que posiblemente dentro de un mes me llamaran para decirme que había sido elegido.

A los dos meses me llamaron para decirme que había cometido un error al llenar mi solicitud y que pasara por la oficina del Ministerio para llenar otra.

(Tomado de: Juan Antonio Gómez y Digno Quintero Pérez.
El Puente. Panamá, 1983.)

EL MINICUENTO EN PANAMÁ

Melanie Taylor
EL LAGO

Un hombre y una mujer vivían discutiendo siempre. Tanto, que si dejaban de hacerlo sus propios hijos se alarmaban. Así eran, incluso cuando se mudaron a un tranquilo pueblo en donde había un lago. Temas de discusión nunca faltaron y uno de ellos era el lago. La mujer insistía que en el fondo de los mismos crecía unas plantas acuáticas hermosísimas, mientras que el hombre sostenía que aquello era imposible pues el lago era sumamente hondo y nadie lo había visto. Pasaban tardes y noches discutiendo aquello hasta que la mujer decidió investigarlo ella misma.

Salió un día al amanecer aún envuelta en su camisón, en dirección al lago. Al llegar tomó un bote, lo fue empujando hasta alejarse de la orilla y se subió a él. Navegó largo rato a la deriva, miró brevemente al cielo y se tiró al agua. Amigos y familiares buscaron el cuerpo infructuosamente. Sin embargo, al año siguiente, en vísperas del aniversario de su muerte, el cuerpo resurgió a la superficie. Unos pescadores trataron de rescatarla, pero casi se ahogan pues el cuerpo era más resbaloso que el jabón y al final terminó por hundirse nuevamente. La misma escena maremágnum de gente gritando, chapoteos desesperados, llantos de viejas y rezos de curas acompañaban en disonantes acorde las apariciones de la mujer. Finalmente al tercer año, el hombre, quien hasta entonces se había negado a participar en la búsqueda finalmente accedió a ir.

Hacía un viento frío y las ariscas olas sacudían el bote donde el viudo, acompañado de vecinos y pescadores, esperaba ansioso. Repentinamente apareció la difunta. Iban ya a intentar sacarla cuando la mujer abrió los ojos y a la gente el grito colectivo se les quedó congelado en la garganta.

-Estabas equivocado. Si hay plantas hermosas en el fondo -dijo la mujer, que esta vez se hundió para no salir nunca más.

(Tomado de: Revista Maga No. 29, Panamá, octubre-diciembre 1996.)

EL MINICUENTO EN PANAMÁ

Pedro Rivera
EL TIEMPO

La noche del primer día que llegué a casa de la abuela el 15 de febrero de 1946, atraído por la avasalladora grilla, y también por un inédito croar de ramas invisibles, me asome boquiabierto al Mundo. El tío Alejandro, que apenas era un año mayor que yo, encendió una lámpara de querosín para evitar que tropezara con taburetes, bebederos de gallinas, palanganas bebederas de gallinas, palanganas, sillas de montar a caballo, tinajas y chécheres esparcidos por el portal. No era necesario. El niño de la ciudad era un gato con botas, tío, y no le tiene miedo a la oscuridad. No había luna, pero las estrellas estaban por todas partes. Millones de puntos luminosos brillaban sobre mi cabeza, más allá de lo que debería ser el horizonte, y todavía más allá y más allá. Nunca antes había visto el cielo de esa manera. Nunca lo volvería a ver igual. Me acosté bocarriba en la pradera tapizada de florecillas silvestres. Los cocuyos se encendían y apagaban como pequeños faroles sobre la hierba. El soplo de la brisa era fresco y limpio como debía ser el aliento de los ángeles. Sentí que la tierra se movía bajo mis espaldas. Y de veras se movía. No tuve, a esa hora, conciencia de alimañas, fantasmas, brujas, madre rezongona. En algún momento, sin dejar de mirar a las estrellas y de calcular las distancias, debí preguntarme quién dónde y cómo sería ese Dios del que tanto hablaba mi madre. Floté en aquella inocua neblina que se forma en el instante en que la temperatura del aire desciende y rodea como una caricia la superficie caliente del suelo, que no se la ve pero que se la siente como una especie de rocío temprano, y me estremecí de cuerpo entero. Estaba, de alguna manera, solo.

Y sentí el tiempo.

Era yo y el universo. Esa noche, en Bejuco, en la tierra de mis abuelos, me arrebujé en la hierba con mi primera sensación de infinito.

(Tomado de: Pedro Rivera. Las huellas de mis pasos. Panamá: INAC, 1994.)

EL MINICUENTO EN PANAMÁ

**Yolanda J. Hackshaw M.
PODER CONTRA PODER**

La libélula revoloteaba alrededor del agua. El agua escudriñaba los espacios íntimos de las piedras. Las piedras rodaban en rítmico movimiento tumultuario sobre el lecho del río. El lecho del río jugueteaba con las arenas brillantes. Las arenas brillantes resplandecían e imitaban al sol. El sol enojado lanzó sus iracundos rayos sobre las corrientes del río y lo secó.

La libélula entonces lloró la ausencia de las aguas, y las nubes compadecidas y por obligación soltaron toda las aguas que el sol creyó haber secado.